



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La pureza, esencia divina

Exposición del Mensajero del Eterno

L EEMOS en Isaías 52: 11 esta profunda exhortación, más que nunca de sazón para el pueblo de Dios: "Purificaos, los que lleváis los vasos del Eterno." Es cierto que para tener el inmenso honor de llevar los vasos del Eterno, es necesario tener un corazón purificado, si no, llevamos vasos que son muy diferentes de los del Eterno. Entonces son vasos malolientes que de lejos exhalan la muerte.

Por lo tanto, la invitación que nos hace el Señor, y también el texto del profeta Isaías, tiene un gran significado para nosotros. Merece retener nuestra atención en cada momento. Es así como podremos recibir en nuestros corazones el poder del glorioso espíritu del Omnipotente, el espíritu santo.

Debemos ser el templo del Dios viviente. Si el espíritu de Dios mora en nosotros, lo somos; pero si es otro espíritu que el suyo, un espíritu malo, entonces no somos el templo del Dios viviente, sino que somos una casa de impureza y de maldición.

Es de rigor, pues, que sondeemos nuestro corazón de manera que percibamos claramente el espíritu que nos anima. Lo podemos lograr si buscamos con ardor las impresiones que nos purifican, y si evitamos todo lo que da como resultado manchar el espíritu y el cuerpo.

La naturaleza nos da múltiples ejemplos que nos demuestran que tan pronto como hay una libre circulación, entra en juego la purificación y la bendición. Es todo lo contrario del estancamiento, porque manifiesta la impureza. Es así como en el organismo las diversas circulaciones cumplen con el cometido de eliminar paulatinamente las materias que no han de permanecer en nuestro cuerpo, a fin de mantener en él una situación de limpieza.

En cambio, si a causa de la constante violación de la ley universal, el organismo se encuentra demasiado cargado con estas impurezas, las circulaciones acaban por ser de tal manera interrumpidas en su trabajo, que no pueden más hacer su cometido.

Entonces se produce el estancamiento, que termina con la muerte. Por tanto, la ley de la circulación es la ley de la vida. Lo vemos con un arroyo cuya agua ha sido contaminada, se purifica poco a poco al seguir su curso, y finalmente desaparecen las impurezas; el agua corre de nuevo clara y cristalina. Pero el agua estancada se corrompe.

Estas explicaciones nos muestran claramente toda la belleza y el esplendor de la ley universal. Esta ley rige el universo y mantiene todo en movimiento por medio de la circulación, conforme a la multiforme sabiduría de Dios. Además la ley universal está inscrita en nuestro organismo.

Por supuesto que es necesario que la vivamos también espiritualmente. ¿Es este el caso? Esta pregunta debemos hacérsela constantemente. En efecto, conocer una cosa no quiere decir vivirla. La teoría nos enseña, pero sólo la práctica produce el resultado.

Las Escrituras nos dicen que el que oye la Palabra divina, pero que no la pone en práctica, es un insensato. Por tanto, podemos bien decir que todos los seres humanos son insensatos, puesto que ni siquiera hay uno solo que haga el bien, y siga la voluntad de Dios.

Los caminos divinos son admirables y perfectos; se pueden controlar moral y científicamente. Por supuesto que no tienen nada que ver con las espantosas enseñanzas que encontramos en el seno de la llamada cristiandad, como por ejemplo el monumental error que representa la doctrina de la trinidad.

Tampoco tienen los caminos divinos nada que ver con las enseñanzas de ciertos reformadores (Calvino u otros), que enseñaron errores fantásticos. Los efectos de tales doctrinas no se hicieron esperar: disputas, celos, enemistades, pleitos, es decir, toda clase de impurezas.

Naturalmente, sucedieron muchas cosas que no tenían nada que ver con la pura doctrina del evangelio. Por ejemplo, del tiempo de Lutero, cuando vinieron los príncipes a preguntarle lo que habían de hacer a los campesinos que se rebelaran, él les "contestó: "¡Matadlos!"

Esta no era por cierto una demostración de pureza, sino de una impureza muy acentuada. En efecto, la muerte es la manifestación de la impureza. Todo lo que preside la muerte forma parte de la impureza; en cambio, lo que conduce a la vida es la límpida transparencia del amor divino.

Se comprende que esta transparencia y esta pureza que nos recomienda el Señor, no pueden realizarlas al principio las personas que no han sido enseñadas en la buena dirección. Pues al no haber procurado seguir los principios de la verdad, tienen intereses del reino del adversario que defender.

Para unos, lo que cuenta es el dinero, para otros es su puesto, su marido, su mujer, sus hijos. Todo esto son cosas egoístas, y el resultado es forzosamente la muerte. Por tanto, podemos darnos cuenta de que es indispensable que nos dirijan estas palabras: "Purificaos, los que lleváis los vasos del Eterno".

¿Qué es la pureza? Es el amor que todo lo vence, puesto que las Escrituras dicen que "el amor es más fuerte que la muerte". Cnt. 8: 6. La muerte será vencida por el amor vivido de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y de los miembros de su cuerpo.

Nuestro querido Salvador murió de una

muerte de sacrificio. Los del pequeño rebaño siguen a su Maestro. No mueren de una muerte de impureza, sino de una muerte de sacrificio; viven el amor divino que puede vencer la muerte y que todo lo purifica. El día llega en que sólo morirán, por causa de sus hábitos, los que quieran decidida y voluntariamente precipitarse en el cenagal de la impureza, y que prefieran las tinieblas a la luz.

En nuestro medio hay amigos que están bien dispuestos; pero no basta estar bien dispuesto, sino que es menester sentir entusiasmo, porque se trata de ganar una victoria. La Biblia nos enseña a amar al prójimo y que no tenemos excusa alguna para no amarlo, e incluso que amemos a nuestros enemigos. De esta manera no puede quedar sitio en nuestro corazón para cultivar odio o antagonismo.

El que siente antagonismo en su corazón se perjudica a sí mismo. Se destruye voluntariamente como una bestia sin inteligencia; he aquí la verdad. Tampoco la impureza puede cohabitar impunemente en el organismo; si se instala en él ¡cuántas dificultades entonces para los seres humanos! ¡Y sepamos que esto proviene simplemente del hecho de que no se ama suficientemente al prójimo!

Amar al prójimo, es concederle todas las facilidades, aunque sea a costa de pasar nosotros mismos por las dificultades que le evitamos. Naturalmente, es todo lo contrario de lo que sucede en el reino de las tinieblas y de la impureza. No es en el reino de las tinieblas donde podemos gastar más de lo que recibimos; así acabaríamos de seguro en la miseria.

Lo que mucho importa, pues, es que hagamos una limpieza de los sentimientos, es lo principal. Cuando estamos en esta situación de corazón, es muy favorable para el organismo, y éste puede funcionar fácilmente, porque le evitamos las crispaciones nerviosas.

En efecto, sabemos que las crispaciones nerviosas impiden la buena circulación. Cuando no hay impedimento alguno a esta circulación, el hombre no tiene los pies fríos ni tampoco las manos, porque en su organismo todo está bien acondicionado.

Comprendemos, pues, cuán indispensable es que podamos ejercitarnos en realizar la pureza y tener así un corazón límpido. Es cierto que tan pronto como procuramos movernos en esta dirección, entramos en contacto con una multitud de dificultades.

El adversario nos zarandea de toda clase de maneras. El tiene a toda la humanidad bajo su poder, y no quiere que se le escape; no quiere que los hombres cambien de mentalidad, al venir a ponerse bajo la égida del gran instructor, nuestro Señor Jesús.

Como lo he mostrado, aunque cantemos himnos, hagamos toda clase de ritos religiosos y celebremos una cantidad de reuniones, el diablo no tiene nada en contra, esto le basta, con tal que nos conformemos con la teoría y que nuestro corazón pase superficialmente sobre lo que cantamos y lo que escuchamos en las reuniones.

Por experiencia sabemos cuánto nos cuesta concentrar los pensamientos. Es una lucha para poder seguir con nuestro corazón los himnos que cantamos y las instrucciones que recibimos, a fin de emplear útilmente el divino alimento espiritual que nos es servido.

Vemos, pues, que hay muchos obstáculos a vencer para poder realizar la pureza. Esta consiste en sentimientos del corazón amables, afectuosos, bien dispuestos hacia el prójimo. Nunca hay que acusar ni descubrir a otros, evitar todo pensamiento antagonista; todo esto sería impureza.

Esto nos muestra claramente que el Omnipotente no puede tener animosidad en contra de los seres humanos, puesto que el amor, que es la pureza, todo lo cree, todo lo espera, no sospecha el mal. La mentalidad divina es de una pureza, de una limpieza y de una transparencia maravillosa.

Los seres humanos están hechos para vivir en el Reino, donde se manifiesta la soberanía del amor, de la justicia y de la sabiduría. Se comprende, pues, que no puedan existir mucho tiempo fuera del Reino de Dios.

Por eso, desde el tiempo de Adán la longevidad de los seres humanos ha disminuido de un modo verdaderamente sintomático. ¡Pensemos que Matusalén murió a 969 años! La longevidad ha disminuido gradualmente. Es el efecto de las crispaciones nerviosas, es decir, de la impureza que obra en los seres humanos con su proceso de destrucción.

Vemos cuan necesario es que podamos dejar todo lo que produce la impureza. Los seres humanos sólo corren en pos de cosas que les crisan los nervios. Están al acecho del dinero, de los honores y de la fama. ¡Y qué fantástico orgullo tiene el hombre, ser microscópico comparado con el universo! Algunas veces vemos a personas que saben muy poco, y que manifiestan un orgullo fenomenal. Esto lo hemos visto también en nuestro medio.

Por eso es indispensable que sondeemos nuestro corazón, de manera a realizar la actitud que conviene a un pobre pecador disculpado por la benevolencia divina. No somos nada por nosotros mismos, y es el Señor que nos ha enriquecido. Si le dejamos obrar en nosotros, él podrá entonces manifestarse poderosamente con su querido pueblo.

El profeta Isaías no dice que Dios hablará a su pueblo por medio de profesores, de doctores en teología, de personajes de primer plano, de grandes de este mundo. Dice que El hablará por hombres de labios balbucientes, que tal vez cometen muchas torpezas en sus expresiones, e incluso incorrecciones en los enlaces. Esto poco le importa al Eterno.

Querer figurar, y no darnos cuenta de que sólo empezamos a conocer un poco de los caminos divinos, esto no aprovecha; no podemos ser un instrumento útil en las manos del Señor. Reconozcamos, pues, nuestra situación tal como es, y no busquemos nunca la falta en el prójimo, sino en nuestro propio corazón. Buscar las faltas en el prójimo y denigrarlo, es una práctica del reino de las tinieblas.

Es a tomar o a dejar. Si no queremos escuchar

las advertencias y las exhortaciones que nos da el Señor, no llegaremos a nada. Es necesario la buena voluntad del corazón y el esfuerzo voluntario.

El más pequeño y el menos dotado puede conseguir el fin propuesto, o sea la pureza del corazón. Es una cuestión de sentimientos y no de estudios universitarios y teológicos. Se trata simplemente de saber renunciar a sí mismo.

Cuando estamos delante de una prueba, podemos sondearnos. Si nos alcanza y produce en nosotros descontento, preguntémosnos:

“¿Estás descontento? Sin embargo ¡cuánto has recibido del Señor; atenciones, liberalidades y perdón generoso; te ha soportado hasta hoy, limpiado de tus inmundicias, llevado en sus hombros cuando has sido la oveja que hu- yó del redil! Después de tanta ternura de su parte, ¿estarás descontento por una pequeña prueba? ¿No te da vergüenza semejante línea de conducta?”

Es del todo necesario que sigamos los caminos divinos como se presentan. Las dificultades con que nos enfrentamos son oportunas para ver lo que pasa en nuestro corazón. Tan pronto como notamos en nosotros mala voluntad, descontento, egoísmo, tendencias personales, es preciso que sepamos humillarnos bajo la poderosa mano de Dios, reconociendo nuestra gran pobreza. Entonces apreciaremos mucho más las maravillosas bendiciones que el Señor nos concede.

El Eterno nos da espléndidas y maravillosas ocasiones de realizar su divino programa. Si lo queremos, podemos ser una fuente de alegría, de bendición y de consuelo a nuestro alrededor. En efecto, debemos estar siempre entusiasmados. El Señor toma un tierno cuidado de sus queridos hijos.

Todos podemos constatarlo, en la medida en que confiamos completamente nuestra suerte en manos del Eterno. Tan pronto como estamos bien dispuestos, El puede socorrernos, porque la circulación de su espíritu puede manifestarse por el hecho de que no hacemos obstrucción con nuestros sentimientos. Entonces empieza a desarrollarse en nosotros la pureza en cierta medida; cuanto más fácil sea la circulación, más se intensificará la purificación. Cuando en un ser humano la circulación es suficiente es la pureza completa y es también el bienestar para todo su ser.

Todo se manifiesta, pues, por medio de una circulación, que sólo es posible en el amor desinteresado, es decir, en el amor divino. Si en nuestro entorno vemos defectos, nuestro deseo ha de ser única y continuamente ayudar.

Nuestro corazón debe sentir vibraciones de ternura por nuestros hermanos y hermanas, y por nuestro prójimo. Debemos tomar a pecho rodearlos de afecto, simpatizar con ellos y regocijarlos. Esto producirá una circulación que será un poder de purificación en nosotros y a nuestro alrededor.

Queremos, pues, estar profundamente agradecidos de conocer los caminos divinos. La historia de los seres humanos está escrita con cieno y sangre. Por lo tanto, es conveniente que hagamos lo necesario de manera a entrar en la circulación general que existe en el universo, donde todo circula maravillosamente. Los astros se mueven en el espacio inmenso, y traen su parte de grandiosa bendición. ¡Cuán agradable es, por ejemplo, sentir los amables y benéficos rayos del sol!

Por otra parte sabemos que, si se administran mal las cosas, la bendición se transforma

en maldición. Es así como los seres humanos, al haber suprimido los grandes árboles y cometido tantos actos de vandalismo, han estropeado completamente el sistema hidrográfico de la tierra.

El resultado de esto es que hay espantosos períodos de sequía en la tierra; entonces las plantas quedan literalmente quemadas y perecen lamentablemente. Por otro lado, hay también inundaciones catastróficas. Todo esto es desastroso, pero es simplemente el resultado de la impureza practicada por los seres humanos egoístas y mercantilistas. La impureza destruye y hace daño, procura sufrimientos, dolores, y finalmente la muerte.

Por la gracia divina, qué gozo para nosotros tener en manos todas las instrucciones necesarias para romper con la impureza y ocuparnos solamente de impresiones cuyo efecto es la pureza. “El que ama la limpieza de corazón, tendrá la amistad del Rey”. Pr. 22: 11.

¿Qué es lo que nos ayuda a realizar esta limpieza? Es ocuparnos de la Obra de Dios. Los seres humanos son seres caídos en la maldad y en la ilegalidad; pero, a pesar de todo, Dios no los ha dejado nunca. Antes bien, se ha ocupado continuamente de ellos.

En el momento propicio el Eterno envió a su Hijo unigénito, para que la pureza pudiera vencer la impureza y que la muerte fuese vencida por la vida, para que el amor pudiera revelarse más fuerte que la muerte. Esta es una grandiosa y sublime demostración de la benevolencia y del amor divinos.

Queremos, pues, vibrar profundamente y con todo nuestro corazón con el glorioso programa del Eterno, y asociarnos a él con toda la fuerza de nuestra alma, trabajando con ardor en la limpieza de nuestro corazón.

Somos en gran manera deudores al Señor de conocer sus caminos y su maravilloso plan. Por eso, queremos esforzarnos en vivir la pureza, estar conscientes de que debemos llevar la bendición a los seres humanos. Pero si nuestro corazón está lleno de inmundicias, no somos capaces de llevar la bendición.

Hagamos todo lo necesario para ser verdaderos portadores de las gracias y de las bendiciones divinas en torno nuestro, a ser la revelación de los hijos de Dios a la humanidad doliente y moribunda; esto es posible por medio del poder vital que se desprende de nosotros a causa de la pureza que vivimos.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos procurado la pureza de los sentimientos y atraído al espíritu de Dios con nuestros esfuerzos?
2. ¿Hemos existido para el bien, vivido la ley divina y realizado las pruebas de fe?
3. ¿Hemos tenido victorias sobre el egoísmo, progresado en la bondad, reaccionado siempre bien y renunciado fácilmente?
4. ¿Hemos sido vencedores de las sugerencias, confiados en la prueba, exigentes para nosotros, y benevolentes para el prójimo?
5. ¿Nos ha acompañado la alegría por haber cultivado la humildad, y haber sido un instrumento útil en manos de nuestro querido Salvador?
6. ¿Hemos podido concentrarnos en el Reino, evitar la pesadez espiritual, y ser un motivo de estímulo, de alegría y de confortamiento?